

Santa Claus

VÍCTOR E. CALDERÓN JACOBS

Diciembre: Mes navideño. Poco eco encuentran las languidecientes protestas por la transformación de la fiesta religiosa en una francachela consumista. El que más y el que menos encuentran en estas fechas la oportunidad para pagar alguna culpa, o para quedar bien, o simplemente para no quedar marginados, dando un regalo de acuerdo con las posibilidades del bolsillo. Hay quien está convencido de que el ritual de regalar, universalmente aceptado como muestra mínima de generosidad, empata adecuadamente con los presupuestos morales de la esencia religiosa de la celebración por el nacimiento de Jesús. Cuantimás si implica sacrificios económicos en este difícil tránsito hacia el Primer Mundo.

En los últimos tiempos hubo otra queja, hoy menos escuchada que la relacionada con el consumismo. Se refiere al desplazamiento de las tradiciones navideñas propias de México, en favor de las formas extranjeras de celebración: Menos nacimientos y más árboles artificialmente nevados. Menos Reyes Magos en enero y más Santa Claus el 24 y 25 de diciembre. Menos romeritos, y más pavo -que no guajolote-, y ensalada Waldorf en las mesas donde se puede celebrar en forma. Más fiesta y menos asistencia a la iglesia.

Los conciliadores decían -incluso antes de aquello de "que se cuiden los del norte por la expansión de nuestra cultura de 30 siglos, y no al revés" (Serra Puche *dixit*)-, que este país ha tomado de fuera lo bueno y le ha estampado las características nacionales, en un ejercicio más de sincretismo garante de la supervivencia y, según los más optimistas, del triunfo de lo mexicano. (Incluso de nuestros comerciantes, pero ya no de nuestros fabricantes, agobiados por la invasión de productos foráneos).

Es difícil desechar el argumento así como así, sobre todo porque habría que irse a fondo en aquello de la complejidad social, y reconocer que a pesar de su espectacularidad, la "Merry Christmas" de los "Malls" -que brotan como hongos en las ciudades grandes y medias del país- no acaba de borrar el espíritu popular mexicano y sobre todo católico de la Navidad, frente a lo pagano o en todo caso lo no católico aunque sí cristiano de los ritos que vienen del norte. Y podríamos retomar aquello de que el catolicismo a la mexicana, en su vertiente popular, conduce ineludiblemente, Navidad incluida, a la cosmogonía y ritos prehispánicos, o a lo mestizo, disfrazado para sobrevivir.

Pero dígame lo que se diga, desde hace varias décadas la celebración mexicana de la Navidad incluye, en un amplio espectro social, a un personaje por algunos vituperado y por la mayoría sencillamente aceptado sin más cuestionamientos: Santa Claus. Su historia resulta interesante, no sólo porque nos explica el origen de algo que, a querer o no, ya es nuestro, sino además porque confirma que la lucha por la apropiación e imposición de símbolos, como reflejo de los choques y los encuentros entre civilizaciones, es un proceso permanente, constante, que no empezó en 1492 ni terminará con el TLC.

Del hecho al mito

Como todo gran mito, el de Santa Claus parte de una verdad histórica. Hubo, en efecto, un hombre llamado Nicolás, que nació a fines del siglo III de nuestra era en Asia Menor, para más señas en Licia, actualmente Turquía. Nicolás -hijo de una familia de considerables recursos económicos- abrazó al llegar a la madurez, y para horror de los suyos, la fe cristiana. Se convirtió en sacerdote, posición desde la cual se dedicó a combatir el culto a Apolo y Artemisa. Se sabe que su vida fue larga y que acabó en martirio, razón por la cual Nicolás fue posteriormente santificado.

Dice la historia que Nicolás murió un 6 de diciembre en la Isla de Demre, cerca de su región natal. Esa fecha sería consagrada después como día de San Nicolás Mártir. Hay en Demre una iglesia donde sus restos mortales fueron originalmente depositados. Pero en 1087, unos comerciantes italianos practicantes del culto nicolaíta asaltaron la tumba y robaron partes de la osamenta para crear un centro de culto en Bari.

Demre y Bari se disputaron por años ser la verdadera sede del culto nicolaíta, ejemplificando la competencia y la rivalidad entre el cristianismo oriental y el occidental, un conflicto de poder político y económico. Pero la rivalidad intercristiana no se agota en la competencia Este-Oeste. Ya para el siglo XII, la fama de hacedor de milagros y gran protector de que gozaba San Nicolás despertó la codicia de la nobleza de Lorena, por lo que se organizó una expedición a Bari para robar la osamenta y trasladarla a una iglesia especialmente construida cerca de Nancy, en la actual Francia.

Diez siglos habían sido más que suficientes para adjudicar al santo obras y virtudes extraordinarias. El culto oriental decía, por ejemplo, que San Nicolás se había aparecido a Constantino el Grande y lo había convencido de que perdonara a tres oficiales injustamente acusados de traición y que iban a ser ajusticiados.

Se dijo también que, en vida, Nicolás regaló dinero de su familia a un anciano que, sumido en la pobreza, iba a prostituir a sus tres hijas. Una variante de esta historia -de particular relevancia en la construcción del mito que ha llegado a nosotros- dice que Nicolás arrojó tres manzanas de oro por la chimenea de la casa del inminente proxeneta, y que éstas cayeron en tres calcetas que las jóvenes calentaban frente al fuego que se apagaba por la falta de leña para quemar.

El culto occidental retomó muchas de estas historias, pero agregó las propias. Por ejemplo, se dice que San Nicolás logró la milagrosa liberación de un noble de Lorena (la forzosa patria adoptiva de la osamenta nicolaíta) durante la sexta cruzada. Otra historia: que en el siglo XIII, Luis XI y su esposa se perdieron en medio de una gran tempestad y fueron guiados a puerto seguro por nuestro personaje, que a partir de entonces se convirtió también en protector de los marinos, como sería también de los prisioneros, de los candidatos al matrimonio, y demás.

Se dice también que el santo garantizó la victoria de René II de Lorena sobre Carlos el Temerario, en el siglo XV, razón por la cual Nicolás fue nombrado patrón de Lorena, designación confirmada por el Papa Inocencio X. Pero la virtud de San Nicolás se reflejó, principalmente, en su relación con los niños, de quienes se dice que salvó a varios de la muerte o, en su defecto, los resucitó.

El culto nicolaíta oriental establece que un hombre particularmente cruel mandó asesinar a tres niños, y ordenó que sus cuerpos fueran colocados dentro de unos barriles llenos de sal, con el objeto de cocinarlos posteriormente. Sólo que por alguna razón desistió de esa última parte de su acción, y los cuerpos se quedaron abandonados dentro de los barriles. Siete años después, San Nicolás pasó por allí y resucitó a los entonces apuestos jóvenes. Ahora, hay quien dice que los susodichos eran tres jóvenes militares asesinados por defender la fe cristiana. Como San Sebastián.

Es curioso el hecho inexplicado de que las acciones de San Nicolás frecuentemente involucran a tres víctimas simultáneas, y las más de las veces también se trata de niños piadosos y no malcriados.

Del mito a la tradición

Ya para el siglo XVI hay registros de que en Metz, Francia, empezaba a expandirse la tradición de dar a los niños regalos el 6 de diciembre, día de San Nicolás. La costumbre se expandió con tal fuerza, que en 1535 Martín Lutero, el padre del protestantismo que aborrece a los santos, anota la fiesta de San Nicolás como fecha en la que se debe dar regalos a los niños. Y es de hacerse notar que la tradición de San Nicolás encontró particular aceptación entre los holandeses, mayo-ritaria y paradójicamente protestantes, quienes lo bautizaron como Sinter Klaas. Hay un cuadro de Jan Steen, llamado precisamente "La Fiesta de San Nicolás" donde los adultos de una familia aparecen tomando juguetes sacados de unas medias y dándoselos a los niños. Fueron los holandeses quienes trajeron la tradición de los regalos de San Nicolás a este lado del Atlántico. Cuando se establecieron en Nueva Amsterdam, la primera iglesia que fundaron fue, precisamente, la de Sinter Klaas. Sólo que poco después los británicos impusieron su dominación a los holandeses y rebautizaron la ciudad como Nueva York, y a la iglesia como la de Santa Claus.

Estados Unidos gusta llamarse hasta hoy "The melting pot", la olla donde se funden elementos diversos para crear uno nuevo. Probablemente los negros, los asiáticos y los "hispanos" tengan muchos reparos sobre esa visión, pero pareciera que el fenómeno existió para los europeos blancos que cruzaron el Atlántico y desplazaron a los "Native Americans" o indios, y se dieron a la tarea de conformar una sociedad homogénea.

Y el caso que nos ocupa tiene que ver con ello. Los holandeses, decíamos, aportaron a su Sinter Klaas, los ingleses a su Santa Claus, los alemanes a su Wei-nachtman, los alsacianos y suizos a su Chriskindl, los italianos a su San Nicolás, y así...

Pero la unificación definitiva corrió a cargo de Clement Clark Moore, quien en 1822 escribe y publica un poema que es el acta de nacimiento del Santa Claus de hoy. Moore crea un personaje sin la austeridad del sacerdote, que tiene una gran panza, fuma pipa sin parar, es jovial, se hace acompañar por ocho renos y tiene su hogar no en Asia Menor, sino en el Polo Norte, donde no prepara castigos para los niños desobedientes, sino únicamente juguetes.

Moore establece la noche del 24 de diciembre, y ya no el 6 de ese mes, como la fecha en que Santa Claus surca los aires para arrojar sus regalos por las chimeneas para que caigan en las medias, colocadas en chimeneas que están cerca de árboles decorados especialmente, una costumbre nórdico-germana.

El largo y descriptivo poema fue ilustrado por el diseñador Thomas Nast y distribuido por la gran prensa estadounidense en momentos de gran auge económico y fervientes deseos de integración en Estados Unidos. Y logró su cometido: la fiesta de Navidad adquirió entonces en ese país una manifestación consensual, elevada a pilar de la imagen que los estadounidenses tienen de sí mismos... y exportan. A principios de este siglo, pero sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, el poderío estadounidense se acercaba a su cúspide, y entre los usos culturales -y comerciales- que se exportaron figura la Navidad con Santa Claus como su eje.

Ni se soñaba con el TLC

Ya a principios de este siglo, la comunidad estadounidense en México celebraba la Navidad, lógicamente, a su manera. La tradición y la necesidad de mantener la unidad -y de diferenciarse- era tan fuerte, que incluso varios hogares judío-estadunidenses en México adornaban sus casas y cumplían con los ritos no religiosos de la celebración.

Cuentan quienes vivieron o documentaron la época -entre los segundos Salvador Novo- que las clases altas mexicanas, proclives en las ciudades a hacer suyos los usos y costumbres primero europeas y luego estadounidenses, adoptaron con gusto el árbol nevado, las coronas, y sobre todo a Santa Claus. A nivel popular en las ciudades, y en el campo, la tradición católica marcaba la pauta: misa el 24 y 25 de diciembre, y la fiesta con regalos para los niños el 6 de enero, día de los Santos Reyes o Reyes Magos. La herencia española amalgamada con las tradiciones mexicanas era aún muy fuerte. (*Rememberla Virgen de Guadalupe-Tonantzin*).

Pero las cosas empezaron a cambiar con la llegada a México de grandes almacenes como Sears Roebuck, que ya en los años cuarenta trajeron de allende el Bravo la costumbre de adornar sus grandes y llamativos aparadores con Santa Clauses, renos y demás parafernalia. La publicidad, en prensa escrita, en radio y posteriormente en televisión, se encargó del resto. Rápidamente, Santa Claus se mexicanizó y empezó a deambular por las alamedas en busca de niños que quisieran entregar sus cartas de buenos antecedentes y -*quid pro quo*- la solicitud anexa de tal o cual juguete.

Nació así, sin dar un juicio de valor, la comercialización de la Navidad. Nacieron, evidentemente, los debates en torno al desplazamiento del carácter religioso de la fecha, y en torno a la violación o enriquecimiento de las tradiciones nacionales frente a las extranjeras.

¿Es, en tiempos del TLC y de los 30 siglos de esplendor cultural mexicano, un debate válido? De todos modos, felices fiestas.